

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

HISTORIA CRÍTICA Y SOCIAL DE LA
CIUDAD DE SANTIAGO

1541 — 1868

SEGUNDA EDICIÓN



EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 — Santiago. Chile, 1924

CAPITULO XVII.

La mitad de un siglo

El siglo XVII es una era de dolor para Santiago.—Ruina de las *siete ciudades* y emigración de viudas y menesterosos que recibe Santiago.—Intentan los indios de servidumbre levantarse, y se salva la ciudad por un refuerzo inesperado de tropas.—Gran avenida de 1609.—Construcción de los primeros tajamares por Ginés de Lillo.—Agua de *Ramón*.—Abolición de las encomiendas y su reemplazo por el tributo personal.—La *mita* y los *mingacos*.—Pobreza indecible de Santiago.—Única renta de su cabildo en 1611.—Padrón de la ciudad en 1615.—Segunda inundación de 1618.—Espantosa epidemia de viruelas.—Muere de pesadumbre el gobernador Lope de Ulloa.—Desarrollo de la ciudad de 1618 a 1626.—El primer plano de Santiago.—Idea de los demás que ha tenido hasta la fecha, sus vistas panorámicas, paisajes, etc.—Adelanto de las calles, arquitectura, empedrados.—Nuevas plazoletas de San Saturnino y de Santa Ana.—Fundación de las parroquias de Santa Ana y San Isidro.—Aspecto general de la plaza de armas, sus edificios públicos y privados.—El palacio arzobispal y sus litigios.—La Cañada.—Una vista de las cordilleras según el padre Ovalle.—Abundancia de mantenimientos en Santiago.—Baratura prodigiosa del mercado en 1634.—Escasa población de la ciudad y crecido exceso de las mujeres.—Efectos sociales de esta desigualdad.—Aspecto solitario de las calles.—Extraordinario número de negros y cómo son quemados vivos.—Singular fecundidad de las familias patricias.—Costumbres domésticas, trajes.—Lujo, presentes de boda.—Indignación del jesuita Ovalle contra los quitasoles.—Milicias urbanas de la ciudad.—Ostentación en el culto.—Innumerables procesiones de semana Santa.—La mecánica aplicada a los santos.—Horribles procesiones nocturnas llamadas *de sangre*.—Procesión de la Vera Cruz.—Ejecutoria de nobleza que imprimía su aluminado.—Origen de esta hermandad y del Cristo que todavía se venera.—Festividades de Corpus.—Competencia curiosa entre el Cabildo y la Audiencia sobre si debería ser la virgen del Socorro o la de la Victoria patrona de Santiago.—Triunfa la Audiencia.—Transformación de una Dolorosa en San Juan Bautista.—Mudanza de los siglos.

El siglo XVII se inició para Santiago, en cuya crónica urbana vamos a entrar de nuevo más especialmente, con lunes-

tos augurios. Una de aquellas calamidades que a haber tenido lugar en los pueblos clásicos de la antigüedad, habría dado noble tema a las artes, a la poesía y a la historia del mundo, había sido la alborada de aquella edad que en otra parte hemos dicho fué de tan crueles pruebas. Tal fué la ruina de aquellas siete ciudades de *arriba*, que, como los retoños arrancados a un árbol fuera de sazón, la mano imprudente de Valdivia había esparcido en el territorio araucano, alimentándolos con la sangre, el oro, y, como era natural, con la aversión de Santiago.

En la misma madrugada en que los bárbaros a la sombra del sueño y de la niebla quitaron la vida al gobernador Loyola y a toda su comitiva en la ladera del Guadaba, hordas enfurecidas que el odio y el secreto de una vasta conjuración habían disciplinado, cayeron sobre las ciudades de Valdivia Villarrica, Osorno, la Imperial, Arauco, Cañete y Angol, y con la tea y el hacha las redujeron en una misma hora a cenizas. Las dos primeras ciudades, opulentas entonces con su oro, cayeron de un solo golpe, sorprendidas en el sueño, siendo de notarse que en Valdivia, puerto de la otra, mataron más de cuatrocientos cristianos, persiguiéndolos hasta las naves surtas en el río, donde algunas familias desnudas se refugiaron. Muéstrase todavía la pintoresca colonia en forma de cuchilla, dominando en su graciosa vuelta el Calle-Calle, donde existió la primitiva ciudad, y compréndese cómo los indios pudieron rodearla por entero, sin dejar otra salida a los cristianos que la del río, donde muchos perecieron (1). En Osorno, que era ciudad de mucho más cuenta y talvez tan importante como Santiago, si ha

(1) El botín de la ciudad fué inmenso. Algunos, como Molina, que escribió en gran manera de memoria, lo hacen subir a dos millones de pesos, pero según Jerónimo de Quiroga, no pasó de cuatrocientos mil pesos, lo que era enorme para esa época. De los tres buques que salvaron con gente, dos de ellos, los de los maestros Baltano y Rojas, hicieron rumbo a Valparaíso. El tercero, del capitán Villaruel, se dirigió al Callao.

Como la sorpresa fué más completa en Valdivia que en ninguna de las otras ciudades, los indios se apoderaron de los caballos y de las armas de los españoles, aprovechándose de aquellos y escondiendo as últimas en los bosques. Tenemos en nuestro poder un precioso arcabuz de aquella época, que, rosando un bosque hace cinco años, a pocas leguas de Valdivia, encontraron los labriegos enterrado en una espesura, y cuya posesión debimos a la generosa cortesía del señor tesorero don Francisco Adriasola, quien lo usaba para francar la puerta de la

de consultarse el plano que nos ha quedado de sus ruinas, incendiadas todas las casas, pudieron ganar el fuerte algunos caballeros con sus esposas y sus hijos, y saliendo por sus murallas «como leones hambrientos», dice el maestre de campo Jerónimo de Quiroga, contuvieron la bárbara canalla, defendiéndose treinta y dos meses con heroica constancia, hasta que, socorridos, escaparon en demanda de Chiloé, trayendo por guía un crucifijo que todavía se reverencia en una de las iglesias de Santiago (Las Claras).

Otro tanto hicieron los vecinos de Angol y la Imperial, los últimos bajo la dirección de doña Ines de Aguilera, heroína, como mujer, como esposa y como madre. En cuanto al pueblo de las Infantas que menciona un cronista, no se tuvo jamás noticia ni ha podido después marcarse sobre el mapa el sitio de sus ruinas. (1) El mismo Osorno estuvo por más de dos siglos sepultado bajo la sombra de los bosques que crecieron sobre sus claustros, y cuando a fines del último debióse su noticia a la indiscreción de un indio, costóle la cabeza, pereciendo a manos de un pueblo en que el odio a los cristianos es una segunda vida.

Ahora bien, los fragmentos de aquellas siete ciudades que escaparon a su destrucción, vinieron a posarse sobre la infeliz Santiago. Las ramas del antiguo tronco, arrastradas por el turbión, volvían a su primitivo asiento para vivir de su savia, y si bien es cierto que aquella segunda inmigración (después de la que había tenido lugar en la primera ruina que atrajo la muerte de Valdivia) aumentó el número de los pobladores de Santiago, dió ésta también creces a sus desdichas y a su pobreza, porque los que llegaban eran sólo menesterosos, niños y desamparadas viudas. Todos los que habían sabido o podido pelear sucumbieron en la porfiada y sublime resistencia. «Redujéronse a la mendicidad ilustres familias, dice hablando de estas adversidades un prolijo cronista; muchas salieron del reino, otras se esparcieron por él y no pocas quedaron prisioneras» (2).

tesorería. Pesa al menos tres arrobas y es de puro cobre preciosamente occidado.

(1) Jerónimo de Quiroga. No debe confundirse *las Infantas* con los Infantes, llamados también *Angol* y los *Confines*.

(2) Córdova Figueroa, pág. 184.—Cerca de medio siglo después (1641), el marqués de Baidés rescató algunos de aquellos inélices cautivos, y entre otros

Pero ni el propio pueblo de Santiago, a pesar de su lejanía del teatro del levantamiento, de su sumisión ya casi completa, y del hábito de la obediencia y del látigo, dejó de participar de aquella conmoción que puso a todo el país en la ladera de un abismo. Temeroso el vecindario de que, como en los tiempos del primer Villagra, otro Lautaro viniese en demanda de la capital del reino, el alcalde Melchor Jofré del Aguila, hijo sin duda del conquistador y patricio Juan Jofré, levantó bandera de enganche para correr la tierra hasta el Maule y observar el desarrollo de la insurrección. Sólo veinte vecinos respondieron a su voz y con ellos partió a galope para el sur.

De esta ausencia, tal vez imprudente, quisieron aprovecharse los mapochinos, como sus mayores lo habían ejecutado en la primera salida de Valdivia, y fuese de motu propio, fuese por instigaciones venidas de allende el Bío-Bío, resolvieron aquellos romper su penosa servidumbre y hacer con los vecinos de Santiago lo que sus compatriotas habían hecho con las Siete Ciudades.

Dejóse ver, por fortuna, el peligro antes de la hora de la explosión, y la pequeña hueste que había ido hacia el medio día, tuvo lugar de regresar en tiempo oportuno. «El alcalde, dice Jerónimo de Quiroga, que casi fué un contemporáneo, hizo *varear* (1) la ciudad, retirar las familias a un recinto y ponerse todos a la defensa, con temor de perderse si no eran socorridos».

Fuéronlo, sin embargo, de una manera casi milagrosa, por la columna de sesenta portugueses que había traído de Lisboa a

la noble familia de don Pedro Mendez de Sotomayor. La mayor parte de los descendientes de los españoles, sin embargo, y especialmente las mujeres, se negaban tenazmente a volver a la vida civilizada.

(1) Esta es la palabra que usa Quiroga, según un manuscrito de su obra que existe en la Biblioteca Nacional y que parece fué propiedad del doctor Vera. Pero en el texto de la publicación hecha por Valladares en el *Semanario erudito*, tomo 23. pág. 212, se lee *barrear*, esto es, defender con *barreras* o *trincheras* la ciudad.

Por lo demás, la edición de Valladares, aunque dice que es *copia fiel* del que escribió Quiroga, ofrece frecuentes variantes con el texto manuscrito de la Biblioteca, y a nuestro juicio en demérito del último. Queremos citar un solo ejemplo. Hablando del gobernador Quiñones, Quiroga lo caracteriza enérgicamente en estas dos palabras: *Era un caballero rispido y rico*. La edición de Valladares dice: *Era un caballero de resolución v rico*, lo que tiene un significado muy diverso.

Buenos Aires don Francisco Rodríguez Ovalle del Manzano, y que el gobernador de Buenos Aires, tío del último capitán, había despachado a toda prisa, temeroso del rumbo que llevaban los sucesos de Chile.